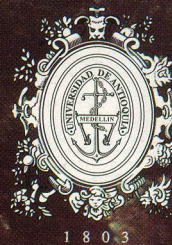


ALMA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA MATER



AGENDA

Cultural

El ocio

Diciembre - 2002

ISSN 0124-0854

Elogio de la
ociosidad

Las vacaciones del
señor Palomar

El trabajo

Los hombres que
están de más

Acerca de ser
ocioso

Las trilogías
están de moda

Flor
de ocio

editorial

El escritor alemán Ernst Jünger afirmaba que: “Uno debería hacer solamente aquello que igual haría gratuitamente”. Una frase que ejemplifica el eterno conflicto entre trabajo y ocio. Un conflicto donde el trabajo lleva siempre las de ganar, porque —al sustentarse en realidades innegables, como la necesidad de techo y comida— se defiende solo, sin necesidad de que nadie hable por él. De hecho, por tener raíces casi tan antiguas como nuestra especie, es realmente difícil hablar acerca de la necesidad del trabajo sin caer en lugares comunes, en argumentos que todo el mundo aprende, más pronto o más tarde, por propia experiencia.

Algo muy distinto ocurre con el ocio. El ocio sí necesita quien lo defienda, pues su permanencia no está garantizada por una necesidad tan extrema como la comida. Los esclavos de las galeras romanas podían remar años, sin otro descanso que unas pocas horas de sueño, antes de que el agotamiento los matara; en cambio, unos pocos días sin comida bastan para quitarle al cuerpo todas sus fuerzas, con lo que se inicia una debacle física que culmina en pocas semanas con la muerte.

De hecho, la posibilidad de contar con tiempo libre no fue algo que se consiguiera en forma gratuita. En el pasado sólo los aristócratas tenían derecho al ocio, mientras que el pueblo llano se rompía la espalda desde antes de la aurora hasta más allá del atardecer. El que ahora todos podamos contar con vacaciones, fines de semana y jornadas laborales de ocho horas, fue un derecho duramente ganado por medio de innumerables luchas políticas y sindicales.

La sociedad se ha transformado profundamente gracias a este “reparto del tiempo libre”... Y no precisamente para peor, pues el ocio tiene una antigua relación con la cultura. Aunque es cierto que en la antigüedad los hombres libres podían filosofar y crear arte gracias a que los esclavos se encargaban de proveerles el sustento, y que hoy los filósofos y artistas son trabajadores como cualesquiera otros que aspiran a vivir de

su labor, algo no ha cambiado: el público al que apuntan sus obras debe disponer de tiempo libre, debe estar ocioso, para poder apreciarlas.

En nuestro país, el problema del desempleo es tan terrible y sus consecuencias tan dramáticas, que con mucha frecuencia nos olvidamos de la importancia del ocio. Esto es grave, porque la idea de que la solución al subdesarrollo es aumentar a cualquier costo la capacidad industrial constituye una simplificación propia del siglo XIX que no resulta apropiada para nuestros días, pues hoy el desarrollo no es un asunto meramente económico sino cultural ... Y en este punto el ocio, el tiempo no productivo económicamente, juega un papel determinante.

Baste un ejemplo: en Europa el consumo de libros *per capita* es de cerca de veinte por año, mientras que en Latinoamérica es de sólo dos. Esto no sólo se debe al mayor poder adquisitivo de los europeos, sino también a que –gracias en buena parte al estímulo gubernamental– en tales países se ha desarrollado una cultura del ocio donde la formación cultural ocupa un lugar destacado. La pregunta obvia es: dado esto, ¿quiénes están mejor preparados para enfrentar la competencia en un siglo donde las nuevas ideas y las nuevas tecnologías serán la mayor fuente de ganancias?

Por eso, en la actualidad, sacrificarlo todo en aras de la productividad económica significa caer una vez más en el eterno juego de la serpiente que se muerde la cola. Hoy, para lograr la prosperidad de un país no basta con crear más empleos e industrias, sino que también hay que garantizar a los habitantes un tiempo libre apropiado, y estimular la construcción de una cultura del ocio donde las actividades recreativas y formativas se complementen mutuamente.

Por todo lo anterior, y con ocasión de la llegada de las vacaciones, la **Revista Agenda Cultural Alma Mater** está dedicada este mes al tema del ocio... Una edición especial donde el humor ocupa un lugar destacado, porque la exageración en torno de las consecuencias del trabajo ha sido, desde siempre, la primera línea defensiva del tiempo libre.



Acerca de ser OCIOSO

Por
Jerome K. Jerome*

La frontera entre ocio y simple pereza es a menudo borrosa, como nos muestra este relato autobiográfico de un dandy inglés

Ahora bien, éste es un asunto donde me precio de ser realmente *au fait*¹. El señor que, cuando yo era joven, me bañaba en la fuente de la sabiduría por nueve guineas el trimestre –nada extra–, decía que nunca había conocido a un muchacho que pudiera hacer menos trabajo en más tiempo; y recuerdo que mi pobre abuela observó una vez al respecto, en el curso de una instrucción sobre el uso del Devocionario, que era altamente improbable que yo hiciera mucho de aquello que no estaba obligado a hacer,

¹ (En francés en el original) Experto, conocedor, habilidoso.

pero que se sentía convencida más allá de toda duda de que yo dejaría sin terminar, pero en forma muy correcta, todo lo que debiera hacer.

Tengo miedo de haber desmentido la mitad de la profecía de la querida vieja dama. ¡El cielo me ayude! He hecho bien muchas cosas que no estaba obligado a hacer, a pesar de mi pereza. Pero hasta ahora he confirmado totalmente la exactitud de su juicio con respecto a descuidar gran parte de las cosas que no debía haber descuidado. Siempre estar ocioso ha sido mi punto fuerte. Al respecto, no tomo ningún crédito para mí... Es un don.

Pocos lo poseen. Hay muchas personas perezosas y lentas, pero un ocioso genuino es una rareza. Él no es un hombre que holgazanea con las manos en los bolsillos. Al contrario, su característica más sorprendente es que está siempre intensamente ocupado.

Es imposible disfrutar completamente de estar ocioso a menos que uno tenga suficiente trabajo por hacer. No hay ninguna diversión en no hacer nada cuando nada hay para hacer. Perder el tiempo es, en ese caso, meramente una ocupación, y una de las más agotadoras. La ociosidad, como los besos, debe robarse para ser dulce.

Hace muchos años, cuando yo era un hombre joven, me puse muy enfermo; yo no sabría decir qué pasaba conmigo, sólo que tenía un

resfriado bestial. Pero supongo que era algo muy serio, porque el doctor dijo que debía haber acudido a él un mes antes, y que si la enfermedad (fuera lo que fuese) hubiese seguido sin tratarse por otra semana, él no habría respondido por las consecuencias. Es una cosa extraordinaria, pero nunca conocí a nadie que se llame a sí mismo doctor que ante cualquier caso no exclame que un retraso de un día habría hecho de la curación algo imposible. Nuestro guía médico, filósofo y amigo es como el héroe en un melodrama: él siempre llega en la escena precisa y sólo entonces, sobre el filo del tiempo. Es la Providencia, eso es lo que es.

Bien, como estaba diciendo, yo estaba muy enfermo por lo que se me aconsejó que fuera a Buxton durante un mes, con órdenes estrictas



de no hacer nada durante todo el tiempo en que estuviera allí. “Descanso es lo que usted requiere”, dijo el doctor, “perfecto descanso”.

Parecía una perspectiva deleitable. “Este hombre evidentemente entiende mi dolencia”, dije yo, y me imaginé un tiempo glorioso... Cuatro semanas de *dolce far niente*², con una pizca de enfermedad en ellas. No demasiada enfermedad, sólo la suficiente para darle el sabor del sufrimiento y hacerlo poético. Me levantaría tarde, sorbería chocolate, y tomaría mi desayuno en zapatillas y con una bata. Me tendería en una hamaca en el jardín y leería novelas sentimentales de final melancólico, hasta que los libros se cayeran de mi mano apática, y yo me reclinara, mirando soñadoramente el azul profundo del firmamento, para observar cómo las nubes lanudas lo navegaban como barcos de blancas velas, mientras escuchaba el alegre canto de los pájaros y el suave susurro de los árboles. O, de ponerme demasiado débil para salir fuera, me sentaría sostenido por almohadas ante la abierta ventana del frente, con la mirada perdida e interesante, para que todas las muchachas bonitas suspiraran cuando pasaran.

Y dos veces por día yo debería bajar en una silla de baño³ a la Columnata para beber las

aguas. ¡Oh, esas aguas! Yo no sabía entonces nada de ellas, y estaba bastante fascinado con la idea. “Beber las aguas” sonaba como algo de moda, muy a lo Reina Ana, y pensé que me gustarían. ¡Pero, uf después de las primeras tres o cuatro mañanas! La descripción de Sam Weller que afirma que tienen “un sabor como de hierro caliente” da sólo una débil idea de su horrorosa nauseabundez. Si algo puede hacer que un hombre enfermo mejore rápidamente, es el conocimiento de que debe beber un vaso de esas aguas todos los días hasta que se haya recuperado. Yo las bebí esmeradamente durante seis días consecutivos, y casi me mataron; pero entonces adopte el plan de tomar un vaso grande de coñac inmediatamente después de beberlas, y encontré mucho alivio en eso. Desde entonces me he informado, por medio de varios médicos eminentes, de que el alcohol debe de haber neutralizado completamente los efectos de las propiedades ferruginosas del agua. Me alegro de haber tenido la suficiente suerte para atinarle a la cosa correcta.

² (En italiano en el original) Literalmente “dulce hacer nada”.

³ Las sillas de baño son artulugios donde se transporta a un enfermo sobre la espalda o en un pequeño carro sostenido por los brazos de un

porteador. En el caso presente, hasta el lugar donde se beben las aguas curativas.



Pero "beber las aguas" fue sólo una pequeña porción de la tortura que experimenté durante ese mes memorable; un mes que fue, sin excepción, el más miserable que yo haya pasado alguna vez. Durante la mayor parte de él seguí el mandato del doctor religiosamente y no hice nada, ninguna cosa, excepto vagabundear por la casa y el jardín, y salir durante dos horas cada día transportado en una silla de baño. Eso rompió la monotonía hasta cierto punto. Hay más excitación en las sillas de baño de lo que podría parecerle al observador casual, sobre todo si usted no está acostumbrado al ejercicio estimulante. Un sentido del peligro —algo que un forastero no podría entender— está siempre presente en la mente del ocupante de la silla, quien se siente

lleno cada minuto por la preocupación de que todo acabe en una golpiza; una convicción que se hace especialmente vívida cada vez que una cuneta o una recta de camino recientemente macadamizado⁴ entran al alcance de la vista. Él espera chocarse con cada vehículo que pasa, y nunca asciende o descende una colina sin empezar a especular inmediatamente en sus oportunidades de sobrevivir, en caso de que —como parece sumamente probable— el débil director de su destino lo deje ir.

⁴ El pavimento de macadam está compuesto por piedra machacada.

Pero inclusive esta diversión después de un rato no lograba animarme, y el *ennui*⁵ se hizo absolutamente insufrible. Yo sentía mi mente ceder ante él. No es una mente fuerte, y pensé que sería necio imponerle condiciones demasiado pesadas. Así que en algún momento de la vigésima mañana me levanté temprano, tomé un buen desayuno y caminé directamente hacia Hayfield, al pie de Kinder Scout; un pueblo pequeño, agradable y emprendedor, que se extiende a lo largo de un valle encantador, y con dos mujeres de dulce belleza en él. Por lo menos eran dulcemente bellas entonces; una me pasó en el puente y creo que me sonrió; la otra estaba parada junto a una puerta abierta, haciendo una inversión no remunerativa de besos sobre la cara roja de un bebé. Pero eso fue hace años, y me atrevo a pensar que las dos se han hecho gordas e irritables desde aquel entonces. Al regreso, vi a un anciano rompiendo piedras, y me despertó tal anhelo de usar mis brazos que le ofrecí una bebida para permitirme tomar su lugar. Él era un viejo amable y me complació. Fui por esas piedras con la energía acumulada de tres semanas, e hice más trabajo en media hora de lo que él había hecho en todo el día. Pero el viejo no sintió celos ante esto.

Habiéndome ya zambullido, fui más y más allá en la disipación, por lo que daba un largo paseo todas las mañanas y escuchaba a la

banda en el pabellón todas las tardes. Pero aun así los días pasaban lentamente, y me alegré sinceramente cuando la última jornada acabó y me encontré fuera de ese Buxton gotoso y tísico, en camino al Londres de duro trabajo y vida. Miré fuera del carruaje cuando atravesamos Hendon por la tarde. La luz intensa que cubre la poderosa ciudad parecía calentar mi corazón, y cuando, después, mi taxi se encaminó fuera de la estación de St. Pancra, el familiar rugido que se levantó alrededor me pareció la música más dulce que había oído en muchos días.

Yo no disfruté ciertamente el ocio de ese mes. Me gusta estar ocioso cuando yo no debería estar ocioso; no cuando es la única cosa que tengo por hacer. Es mi naturaleza obstinada. El momento en que más me gusta estar parado junto al fuego, calculando cuánto debo, es cuando en mi escritorio se apilan más alto las cartas que deben contestarse a vuelta de correo.

Cuando me gusta más bobear luego de cenar es precisamente cuando tengo una pesada tarde de trabajo ante mí. Y si, por alguna razón urgente, yo debo levantarme particularmente temprano en la mañana, es entonces, más que en cualquier otro momento, cuando amo yacer en la cama media hora de más.

¡Ah! Cuán delicioso es darse la vuelta y dormirse de nuevo: "sólo por cinco minutos". ¿Hay algún ser humano, me pregunto –

⁵ (En francés en el original) Insatisfacción y dejadez que se producen por falta de interés. Aburrimiento.

además del héroe de los cuentos para los muchachos de la escuela dominical—, que siempre se levante de buena gana? Hay algunos hombres para quienes levantarse en el momento apropiado es una imposibilidad absoluta. Si a las ocho deben levantarse, duermen hasta las ocho y media. Si las circunstancias cambian y las ocho y media se vuelve temprano para ellos, entonces son las nueve antes de que puedan despertarse. Son como el estadista de quien se dijo que siempre llegaba puntualmente tarde por media hora. Prueban toda forma de soluciones. Compran despertadores (invenciones arteras que se apagan en el momento equivocado y alarman a las personas equivocadas). Le dicen a Sarah Jane que golpee la puerta y los llame, y cuando Sarah Jane golpea a la puerta y los llama, gruñen "awri" y se duermen de nuevo confortablemente. Yo conocí a un hombre que realmente conseguía pararse y tomar un baño frío; pero inclusive eso era inútil, pues después él se metía de nuevo en la cama para calentarse.

Pienso que yo podría muy bien mantenerme fuera de la cama, si consiguiera salir de ella. Es el apartar la cabeza de la almohada lo que encuentro tan difícil, y, sin importar la fuerza de la determinación antes de acostarse, no se hace más fácil. Me digo a mí mismo, luego de haber malgastado la tarde entera: "Bien, no haré más trabajo por esta noche, y me levantaré mañana temprano"; y estoy completamente resuelto a hacerlo... en ese

momento. Por la mañana, me siento mucho menos entusiasta con respecto de la idea, y reflexiono que hubiera sido mejor si hubiera permanecido despierto la noche anterior. Y, por supuesto, se presenta entonces el problema de vestirse, y, mientras más uno piensa sobre él, más quiere aplazarlo.

Es una cosa extraña esta cama, esta tumba fingida, donde estiramos nuestros miembros cansados y nos hundimos calladamente en el silencio y el descanso. "Oh cama, oh cama, deliciosa cama, cielo en la tierra para la cabeza cansada", como cantó el pobre Hood, tú eres una enfermera vieja y amable para nosotros los muchachos y muchachas irritables. Al diestro y al tonto, al malo y al bueno, tú nos tomas a todos en tu regazo maternal y arrullas nuestros gritos caprichosos. Todos —el hombre fuerte lleno de cargas, el hombre enfermo lleno de dolor, la pequeña doncella que solloza por su amante infiel— ponemos como niños nuestras cabezas adoloridas en tu pecho blanco, y tú nos confortas suavemente.

Nuestro problema se hace de hecho penoso cuando nos rechazas y no nos confortas. ¡Cuán lejos parece el alba cuando no podemos dormir! ¡Oh! Esas noches horribles en que nos sacudimos y nos volteamos entre la fiebre y el dolor, cuando yacemos, como hombres vivientes entre los muertos, mirando fijamente cómo se mueven en una lenta deriva las horas oscuras que nos separan de la luz. Y ¡oh! aquellas noches todavía más horribles en

que permanecemos sentados junto a otro que tiene dolor, cuando el fuego bajo nos sobresalta a cada rato con la caída de una carbonilla, y el tictac del reloj parece un martillo que golpea la vida de aquel a quien vigilamos.

Pero ya es bastante de camas y alcobas. Me he dedicado a ellas por demasiado tiempo, inclusive para ser un camarada ocioso. Permítasenos salir y fumar un rato. Eso hace perder el tiempo igual de bien y no parece tan malo. El tabaco ha sido una bendición para nosotros los ociosos. Es duro imaginar cómo ocupaban sus mentes los funcionarios públicos antes del tiempo de Sir Walter⁶. Yo atribuyo completamente la naturaleza pendenciera de los hombres jóvenes de la Edad Media a la carencia de la hierba calmante. Ellos no tenían trabajo por hacer y no podían fumar, y la consecuencia era que siempre estaban luchando y remando. Si por alguna extraordinaria casualidad no había ninguna guerra en el momento, entonces armaban una rencilla familiar mortal con el vecino de al lado, y si, a pesar de esto, tenían todavía unos momentos sobrantes entre sus manos, los ocupaban en discusiones acerca de cuál de sus prometidas era la más bonita, utilizando, como argumentos para decidir la disputa, hachas de batalla, picas, etc. Las

diferencias de gustos eran muy rápidamente solucionadas en aquellos días. Cuando un adolescente del siglo XII se enamoraba, no retrocedía tres pasos, miraba fijamente a los ojos de la muchacha, y le decía que ella era demasiado bonita para vivir. Él le decía que iba a ir fuera un momento y ver qué pasaba. Y si, una vez fuera, se encontraba con un hombre y le rompía la cabeza –la cabeza del otro hombre, quiero decir–, entonces eso demostraba que su novia –la del primer sujeto– era una muchacha bonita. Pero si el otro sujeto rompía *su* cabeza –no la propia, usted sabe, sino la del otro sujeto–, o el otro sujeto al segundo sujeto –porque, por supuesto, el otro sujeto sólo sería “el otro sujeto” para él, no para el primer sujeto–, bien, si él rompiera su cabeza, entonces *su* novia –no la del otro sujeto, sino la del sujeto que.... Mire: si A le rompe la cabeza a B, entonces la muchacha de A era bonita; pero si B le rompe la cabeza a A, entonces la muchacha de A no era una muchacha bonita, sino que lo era la muchacha de B. Ése era su método de hacer crítica de arte.

Hoy en día nosotros encendemos una pipa, y dejamos que las muchachas vayan afuera y lo decidan ellas mismas.

De hecho, ellas lo están haciendo muy bien. Están consiguiendo hacer todo nuestro trabajo. Son doctoras, abogadas y artistas. Ellas manejan los teatros, llevan a cabo estafas y editan periódicos. Yo espero con ansía el tiempo en que nosotros los hombres

⁶ Al navegante, político, soldado, filósofo, poeta y explorador británico Sir Walter Raleigh (1554-1618) se le atribuye el haber introducido en Europa el tabaco y la papa americanos.

no tendremos nada que hacer sino quedarnos en la cama hasta las doce, leer dos novelas por día, tomar el té a las cinco, y no imponer mayores cargas a nuestra inteligencia que discutir sobre los últimos modelos de pantalones o argumentar acerca del material del que se hizo la chaqueta de Sr. Jones, y si ésta le sentaba o no. Ésa es una perspectiva gloriosa... Para los camaradas ociosos.

* Jerome Klapka Jerome nació en Walsall (Staffordshire, Gran Bretaña) el 2 de mayo de 1849 y es uno de los más importantes autores dentro del género humorístico en lengua inglesa. Desempeñó a lo largo de su vida múltiples empleos (entre otros como oficinista, periodista a destajo, actor y maestro de escuela). La fama y la fortuna llegaron cuando escribió la novela *Tres hombres en un bote* (1889), gracias a lo cual pudo dedicarse a viajar por Europa, Rusia y Norteamérica. Sus experiencias como conductor de ambulancias durante la Primera Guerra Mundial transformaron su carácter durante los últimos años de su vida, y murió a consecuencia de una hemorragia cerebral el 14 de junio de 1927.

Tomado de: Jerome K., Jerome. *The idle thoughts of an idle fellow* (1886). Versión electrónica del Proyecto Gutenberg (<http://promo.net/pg/>)

Traducido del inglés por Andrés García Londoño

Elogio de la ociosidad

Gracias a este ensayo, escrito en 1932, podemos entender por qué Russell ganó el Premio Nobel de Literatura, al observarlo defender con argumentos convincentes una posición que para muchos resultaría insostenible: la idea de que es el ocio, no el trabajo, lo que da la medida de una sociedad

completamente distinto de lo que siempre se ha predicado. Todo el mundo conoce la historia del viajero que vio en Nápoles doce mendigos tumbados al sol (era en los días anteriores a Mussolini) y ofreció una lira al que fuera el más perezoso de todos. Once de ellos se levantaron rápidamente, reclamándola, y así, se la dio al duodécimo. Aquel viajero estaba en lo cierto. Pero en

Como muchos de mi generación, fui educado en el espíritu del refrán “La ociosidad es la madre de todos los vicios”. Niño profundamente virtuoso, creí siempre cuanto me dijeron, y adquirí una conciencia que me ha mantenido trabajando intensamente hasta el momento actual. Pero, aunque mi conciencia ha venido controlando mis *actos*, mis *opiniones* han experimentado una revolución. Creo que se ha hecho demasiado trabajo en el mundo, que la creencia de que el trabajo es una virtud ha causado mucho daño, y que en los países industriales modernos es necesario predicar algo



los países que no disfrutan el sol mediterráneo, la ociosidad es más difícil, y para promoverla se requeriría una gran propaganda pública. Espero que, después de leer las páginas que siguen, los dirigentes de la Y. M. C. A.¹ emprenderán una campaña para inducir a los jóvenes a no hacer nada. Si es así, no habré vivido en vano.

Antes de adelantar mis propios argumentos en pro de la pereza, voy a ocuparme de uno que no puedo aceptar. Cuando una persona que posee ya lo suficiente para vivir se propone ocuparse en cualquier clase de trabajo diario, tal como la enseñanza o la mecanografía, se le dice, a él o a ella, que le está quitando el pan de la boca a otras personas, y que, por tanto, es malo. Si este argumento fuese válido, nos bastaría a todos estar sin hacer nada para tener la boca llena de pan. Lo que olvida la gente que dice tales cosas es que el hombre gasta generalmente lo que gana, y al gastar proporciona empleos. En tanto que un hombre gasta sus ingresos, al gastar procura tanto pan a las bocas de

los demás como les quita ganando. El verdadero villano, desde este punto de vista, es el hombre que ahorra. Si simplemente guarda sus ahorros en una media, como el proverbial campesino francés, es obvio que no proporciona empleos. Si invierte sus ahorros, la cuestión es menos obvia, y pueden presentarse varios casos.

Una de las cosas más comunes que se hace con los ahorros es prestarlos a algún Gobierno. A la vista de que el grueso de los gastos públicos de la mayor parte de los gobiernos civilizados consta de gastos de guerras pasadas o preparación de guerras futuras, el hombre que presta su dinero al Gobierno se halla en la misma posición que el malvado personaje de Shakespeare que alquila asesinos. El resultado de los hábitos de ahorro del hombre es el incremento de las fuerzas armadas del Estado al que presta sus economías. Resulta evidente que sería mucho mejor que se gastara el dinero, inclusive si se lo gastara en bebidas o en el juego.



Pero –se me dirá– el caso es completamente distinto cuando los ahorros se invierten en empresas industriales. Cuando tales empresas tienen éxito y producen algo útil, puedo concederlo. En los tiempos actuales, sin embargo, nadie negará que muchas empresas fracasan. Ello significa que una gran cantidad de trabajo humano, que hubiera podido dedicarse a producir algo disfrutable, se malgastó produciendo máquinas que, una vez construidas, permanecen inactivas y no hacen bien a nadie. El hombre que invierte sus ahorros en

un negocio que quiebra, perjudica a los demás tanto como a sí mismo. Si gasta su dinero –digamos– ofreciendo reuniones a sus amigos, podemos esperar que aquéllos disfruten, como disfrutarán todos aquellos con quienes gastó su dinero: el carnicero, el panadero y el contrabandista de alcohol. Pero si lo gasta, digamos, en tender rieles para tranvías en un lugar donde los tranvías resultan innecesarios, habrá encauzado una gran masa de trabajo por caminos donde no produce placer a nadie. Sin embargo, cuando cae en la miseria a causa del fracaso de su inversión, se le mira como una víctima de la desgracia inmerecida, en tanto que el alegre derrochador, que gastó su dinero filantrópicamente, será despreciado como persona loca y frívola.

Todo esto son preliminares. Quiero decir, con toda seriedad, que la creencia en la virtuosidad del TRABAJO está haciendo mucho daño al mundo moderno, y que el camino de la dicha y la prosperidad está en una organizada disminución de aquél.

Ante todo, ¿qué es el trabajo? Hay dos clases de trabajo: primero, alterar la posición de la materia de la superficie de la tierra con relación a otra materia; segundo, mandar a otras personas que lo hagan. La primera clase de trabajo es desagradable y está mal pagada; la segunda es agradable y muy bien pagada. La segunda clase es susceptible de extenderse indefinidamente; no solamente están los que dan órdenes,

sino también los que dan consejos acerca de cómo deben darse las órdenes. Generalmente, dos grupos organizados de hombres dan simultáneamente dos clases opuestas de consejos; esto se llama política. La destreza requerida por esta clase de trabajo no es el conocimiento de los temas acerca de los que ha de darse consejo, sino el conocimiento del arte de hablar y escribir persuasivamente; esto es, del arte de la propaganda.

Por toda Europa, aunque no en Norteamérica, hay una tercera clase de hombres, más respetada que cualquiera de las clases de trabajadores. Son hombres que, merced a la posesión de las tierras, pueden hacer que otros paguen por el privilegio de que les permitan existir y trabajar. Los terratenientes son gentes ociosas, y por ello cabría esperar que yo los elogiara. Desgraciadamente, su ociosidad solamente es posible gracias a la industria de otros; efectivamente, su deseo de confortable ociosidad es históricamente la fuente de todo el evangelio del trabajo. Lo último que podrían desear es que otros siguieran su ejemplo.

Desde los comienzos de la civilización hasta la revolución industrial, un hombre, por lo común, podía producir, trabajando duramente, poco más de lo necesario para su propia subsistencia y la de su familia; aunque su mujer tuviera que trabajar, por lo menos, tan

duramente como él, y sus hijos hubieran de aportar su trabajo tan pronto como iban siendo bastante mayores para ello. El pequeño sobrante sobre las necesidades esenciales no era para los que lo producían, sino que se lo apropiaban los guerreros y los sacerdotes. En tiempos de hambre no había sobrante; los guerreros y los sacerdotes, sin embargo, se apoderaban de tanto como en otros tiempos, con el resultado de que muchos de los trabajadores se morían de hambre. Este sistema persistió en Rusia hasta 1917ⁱⁱ, y todavía persiste en el Este; en Inglaterra, a pesar de la revolución industrial, se mantuvo con toda fuerza a lo largo de las guerras napoleónicas y hasta hace cien años, en que adquirió poderío una nueva clase de industriales. En Norteamérica, el sistema terminó con la revolución, excepto en el sur, donde continuó hasta la guerra civil. Un sistema que ha durado tanto tiempo y que terminó tan recientemente ha dejado, como es natural, una impresión profunda en los pensamientos y opiniones del hombre. Mucho de lo que damos por supuesto acerca de la pertinencia del trabajo se deriva de este sistema, y siendo éste preindustrial, no se adapta aquello al mundo moderno. La técnica moderna ha hecho posible, dentro de ciertos límites, que el ocio sea no la prerrogativa de pequeños grupos privilegiados, sino un derecho repartido igualmente por toda la comunidad. La moralidad del trabajo es una

moralidad de esclavos, y el mundo moderno no tiene necesidad de esclavitud.

Claro está que, en las primitivas comunidades, los labriegos no se hubieran desprendido del pequeño sobrante con que subsistían los guerreros y los sacerdotes si se les hubiera dejado elegir, sino que hubieran producido menos o hubieran consumido más. Al principio, la pura fuerza los compelm a producir y desprenderse del sobrante. Gradualmente, sin embargo, resultó posible inducir a muchos de ellos a que aceptaran una ética según la cual era su deber trabajar intensamente, aunque parte de su trabajo se destinara a sostener a otros que permanecían ociosos. Por este medio, la compulsión requerida fue reduciéndose y los gastos del gobierno disminuyeron. En nuestros días, el 99 por ciento de los trabajadores británicos quedarían auténticamente horrorizados si les dijeran que el rey no debe recibir ingresos mayores que los de un trabajador. El concepto del deber, hablando históricamente, ha sido el medio utilizado por los detentadores del poder para inducir a otros a vivir para el interés de sus amos más que para su propio interés. Por supuesto, los detentadores del poder disimulan este hecho ante sus propios ojos, arreglándoselas de manera que llegan a creer que sus intereses son idénticos a los grandes intereses de la humanidad. Algunas veces esto es verdad; los atenienses poseedores de esclavos, por



ejemplo, empleaban parte de su ocio aportando una contribución permanente a la civilización, que hubiera sido imposible bajo un sistema económico justo. El ocio es esencial para la civilización, y en tiempos pasados, el ocio de unos pocos solamente era posible gracias al trabajo de los más. Pero el trabajo de éstos era estimable, no porque el trabajo sea bueno, sino porque el ocio es bueno. Y con la técnica moderna sería posible distribuir justamente el ocio, sin menoscabo para la civilización.

La técnica moderna ha hecho posible reducir enormemente la cantidad de trabajo requerida para asegurar lo necesario en la vida de cada cual. Esto se hizo patente



durante la guerra¹. En aquel tiempo, todos los hombres de las fuerzas armadas, todos los hombres y todas las mujeres ocupados en la producción de municiones, en espiar, en hacer propaganda bélica o en las oficinas del Gobierno relacionadas con la guerra, fueron apartados de las ocupaciones productivas. A pesar de ello, el nivel general de bienestar físico entre los trabajadores no especializados de las naciones aliadas fue más alto que nunca antes o desde entonces. La significación de este hecho fue encubierta por las finanzas: los préstamos hacían aparecer las cosas como si el futuro estuviera alimentando al presente. Pero esto, desde luego, hubiera sido imposible; un hombre no puede comerse

una rebanada de pan que todavía no existe. La guerra demostró de un modo concluyente que la moderna organización científica de la producción permite mantener a las poblaciones en un elevado nivel de bienestar con sólo una pequeña parte de la capacidad laboral total. Si la organización científica implantada con objeto de poder contar con hombres que lucharan y fabricaran municiones se hubiera mantenido al finalizar la guerra, y se hubieran reducido a cuatro las horas de trabajo, todo hubiera ido bien. En lugar de ello, fue restablecido el antiguo caos: aquellos cuyo trabajo se necesitaba se vieron obligados a trabajar largas horas, y al resto se le dejaba morir de hambre por falta de empleo. ¿Por qué? Porque el trabajo es un deber, y el hombre no debe recibir salario en proporción a lo que produce, sino en proporción a su virtud, ejemplarizada por su laboriosidad.

Esta es la moralidad del Estado de Esclavos, aplicada en unas circunstancias completamente distintas de aquellas en las que surgió. No es de extrañar que el resultado haya sido desastroso. Tomemos un ejemplo. Supongamos que, en un momento determinado, cierto número de personas trabaja en la manufactura de alfileres. Trabajando, digamos, ocho horas, hacen tantos alfileres como el mundo necesita. Alguien construye un invento con el que el mismo número de personas hacen el

¹ Russell se refiere a la I Guerra Mundial, la cual concluyó 14 años antes de que él escribiera el ensayo y había dejado a Europa en una paz inquieta y frágil. (Nota del editor)

doble número de alfileres que antes. Pero el mundo no necesita el doble número de alfileres; los alfileres son tan baratos, que difícilmente podrá venderse alguno más a precio inferior. En un mundo sensato, todos los que estuvieran en relación con la manufactura de alfileres comenzaría a trabajar cuatro horas en lugar de ocho, y todo lo demás continuaría como antes. Pero en el mundo real esto se juzga desmoralizador. Los hombres continúan trabajando ocho horas; hay demasiados alfileres; los patronos quiebran, y la mitad de los hombres empleados anteriormente en la fabricación de alfileres son despedidos y quedan sin trabajo. Al final se produce tanta ociosidad como en el otro plan, pero la mitad de los hombres quedan absolutamente ociosos, mientras que la otra mitad trabaja demasiado. De este modo, queda asegurado que la inevitable ociosidad produzca miseria por todas partes en lugar de ser una fuente de felicidad universal. ¿Puede imaginarse algo más insensato?

La idea de que el pobre pueda holgar, siempre ha sido nefanda para los ricos. A principios del siglo XIX, la jornada normal de trabajo de un hombre era, en Inglaterra, de quince horas; los niños hacían la misma jornada algunas veces, y, por lo general, trabajaban doce horas al día. Cuando los entremetidos fisgones apuntaron que quizá tal número de horas fuese más bien largo, les dijeron que el trabajo aleja a los adultos de

la bebida y a los niños del mal. Cuando yo era niño, poco después de que los trabajadores urbanos hubieran adquirido el voto, la ley estableció ciertas fiestas públicas, con gran indignación de las clases elevadas. Recuerdo haber oído a una anciana duquesa decir: “¿Para qué quieren las fiestas los pobres? Deberían *trabajar*”. Hoy, las gentes son menos francas, pero el sentimiento persiste, y es la fuente de gran parte de nuestra confusión económica.

Consideremos por un momento francamente, sin superstición, la ética del trabajo. Todo ser humano, necesariamente, consume en el curso de su vida cierto volumen del producto del trabajo humano. Suponiendo, como podemos hacerlo, que el trabajo es, en conjunto, desagradable, resulta injusto que un hombre consuma más de lo que produce. Por supuesto que puede prestar algún servicio en lugar de producir artículos de consumo, como sería el caso de un médico, por ejemplo; pero algo ha de aportar a cambio de su manutención y alojamiento. Hasta aquí, el deber de trabajar ha de ser admitido; pero solamente hasta aquí.

No he de insistir en el hecho de que, en todas las sociedades modernas, aparte de la U.R.S.S.², muchas personas

² Hay que recordar que Russell escribió este texto quince años después de la Revolución Rusa, cuando la U.R.S.S. era todavía joven. (Nota del editor)

eluden incluso este mínimo de trabajo; por indignan ante la idea de la ociosidad para



ejemplo, todos aquellos que heredan bienes y todos aquellos que se casan con quien los tiene. Yo no creo que el hecho de que se consienta a estas gentes permanecer ociosas sea ni cercanamente tan perjudicial como el que se espere de las clases obreras que trabajen en exceso o que se mueran de hambre.

Si el obrero ordinario trabajase cuatro horas al día, sería suficiente para todos y no habría paro —dando por supuesta cierta muy moderada cantidad de organización sensata—. Esta idea sorprende a las clases pudientes, porque están convencidas de que el pobre no sabría cómo emplear tanto ocio. En Norteamérica, los hombres trabajan, a menudo, durante largas horas, aun cuando ya estén bien situados; tales gentes, naturalmente, se

los jornaleros, excepto si ésta adopta la forma del inflexible castigo del paro; en realidad, les disgusta el ocio inclusive para sus hijos. Y lo que es bastante extraño, mientras desean que sus hijos trabajen tanto que no les quede tiempo para civilizarse, no les importa que sus mujeres y sus hijas no tengan ningún trabajo en absoluto. La jactanciosa admiración por la inutilidad, que en una sociedad aristocrática abarca a los dos sexos, queda limitada, en una plutocracia, a las mujeres; ello, sin embargo, no la pone en situación más acorde con el sentido común.

El sabio empleo del ocio —hemos de concederlo— es un producto de la civilización y de la educación. Un hombre que ha trabajado durante largas horas

toda su vida se aburrirá si queda súbitamente ocioso. Pero sin una cantidad considerable de ocio, un hombre se ve privado de muchas de las mejores cosas. Y ya no existe razón alguna para que la mayor parte de las gentes haya de sufrir tal privación; sólo un necio ascetismo, usualmente delegado, nos hace continuar insistiendo en la necesidad del trabajo en cantidades excesivas, ahora que ya no es necesario.

En el nuevo credo que inspira el gobierno de Rusia, así como hay mucho que resulta muy diferente de las tradicionales enseñanzas del Occidente, hay algunas cosas que no han cambiado en absoluto. La actitud de las clases gobernantes, y especialmente de aquellas que dirigen la propaganda educativa, es casi exactamente la misma, sobre el tema de la dignidad del trabajo, que la adoptada siempre por las clases gobernantes de todo el mundo en sus predicaciones a los llamados *honrados trabajadores*. Laboriosidad, sobriedad, buena voluntad para trabajar largas horas a cambio de lejanas ventajas, incluso sometimiento a la autoridad, todo reaparece; por añadidura, la autoridad todavía representa la voluntad del Soberano del Universo. Quien, sin embargo, recibe ahora un nuevo nombre: materialismo dialéctico.

La victoria del proletariado en Rusia tiene algunos puntos comunes con la

victoria de las feministas en algunos otros países. Durante siglos, el hombre ha concedido la superior santidad de la mujer, y la ha consolado de su estatus inferior manteniendo que la santidad es más deseable que la fuerza. Al final, las feministas decidieron tener las dos cosas, ya que las precursoras de entre ellas creyeron lo que el hombre decía acerca de lo apetecible de la virtud, pero no lo que les había dicho el hombre acerca de la insignificancia del poder político. Cosa similar ha ocurrido en Rusia por lo que se refiere al trabajo manual. Durante siglos, los ricos y sus lacayos han escrito en elogio del *honrado trabajo*, han alabado la vida sencilla, han profesado una religión que enseña que los pobres son más idóneos que los ricos para ir al cielo y, en general, han tratado de hacer creer a los trabajadores manuales que hay cierta especial nobleza en alterar la posición de la materia en el espacio, tal y como los hombres trataron de hacer creer a las mujeres que se deriva especial nobleza de su esclavitud sexual. En Rusia, todas estas enseñanzas acerca de la excelencia del trabajo manual han sido tomadas en serio, con el resultado de que el trabajador manual se ve más honrado que nadie. Se hacen lo que, en esencia, son llamamientos al despertar religioso, pero con los antiguos propósitos: hechos para asegurar trabajadores de choque necesarios en tareas especiales. El trabajo manual es el ideal que se exhibe

ante los jóvenes y la base de toda enseñanza ética.

En la actualidad, posiblemente, todo ello es para bien. Un país grande, lleno de recursos naturales, espera el desarrollo, y ha de desarrollarse haciendo muy escaso empleo del crédito. En tales circunstancias, el trabajo duro es necesario, y, verosímilmente, reportará una gran recompensa. Pero ¿qué sucederá cuando se alcance el punto en que todo el mundo pueda vivir confortablemente sin trabajar largas horas?

En Occidente tenemos varios sistemas para tratar este problema. No tenemos ningún designio de justicia económica; de modo que una gran proporción del total producido lo recibe una pequeña minoría de la población, muchos de cuyos componentes no trabajan en absoluto. Por ausencia de toda regulación central

sobre la producción, fabricamos multitud de cosas que no se necesitan. Mantenemos ocioso un alto porcentaje de la población trabajadora, ya que podemos pasarnos sin su trabajo haciendo trabajar sobradamente a los demás. Cuando todos estos métodos resultan inadecuados, tenemos una guerra: mandamos a un determinado número de personas a que fabriquen grandes explosivos y a otro determinado número que los hagan estallar, como si fuéramos niños que acabáramos de descubrir los fuegos artificiales. Con una combinación de todos estos dispositivos nos las arreglamos, aunque con dificultad, para mantener viva la noción de que al hombre medio le corresponde realizar una buena cantidad de duro trabajo manual.

En Rusia, a causa de una mayor justicia económica y de la regulación central de la producción, el problema ha de resolverse de forma distinta. La solución



racional sería, tan pronto como las necesidades primarias y las comodidades elementales pudieran asegurarse para todos, reducir las horas de trabajo gradualmente, y permitir que una votación popular decidiera, en cada nivel, si se prefería más ocio o más bienes. Pero habiendo enseñado la suprema virtud del trabajo intenso, es difícil ver cómo pueden aspirar las autoridades a un paraíso en el que haya mucha ociosidad y poco trabajo. Lo más verosímil es que encuentren continuamente nuevos proyectos a causa de los cuales la ociosidad presente haya de sacrificarse a la producción futura. Recientemente he leído acerca de un ingenioso proyecto puesto en marcha por los ingenieros rusos para hacer que el Mar Blanco y la costas septentrionales de Siberia se calienten construyendo un dique a lo largo del Mar de Kara. Un admirable proyecto pero que probablemente causaría el aplazamiento del bienestar proletario por toda una generación, mientras que la nobleza del trabajo sería proclamada por los campos helados y entre las tormentas de nieve del Océano Ártico. Todo esto, si sucede, será el resultado de tener a la virtud del trabajo intenso como un fin en sí misma, más bien que como un medio, en un estado de cosas en el cual ya no es necesario tal trabajo intenso.

El hecho es que mover materia de un lado a otro, aunque en cierto grado es necesario para nuestra existencia, no es

enfáticamente uno de los fines de la vida humana. Si lo fuera, tendríamos que considerar a cualquier bracero superior a Shakespeare. En esta cuestión hay dos causas que nos han descarriado. Una es la necesidad de tener contentos a los pobres, que ha impulsado a los ricos, durante miles de años, a predicar la dignidad del trabajo, aunque teniendo buen cuidado de mantenerse indignos a este respecto. La otra es el nuevo placer del maquinismo, que nos hace deleitarnos en los asombrosos e inteligentes cambios que podemos producir en la superficie de la Tierra. Ninguno de esos dos motivos tienen gran atractivo para el que de verdad trabaja. Si le preguntáis qué es lo que juzga la mejor parte de su vida no os responderá, probablemente: “Me agrada el trabajó físico porque me produce la sensación de que estoy dando cumplimiento a la más noble de las tareas del hombre y porque me gusta pensar lo mucho que el hombre puede transformar su planeta. Es cierto que mi cuerpo exige períodos de descanso, que tengo que pasar lo mejor que puedo; pero nunca soy tan feliz como cuando llega la mañana y puedo volver a la tarea, en la que está mi contento”. Nunca he oído decir estas cosas a los trabajadores. Consideran el trabajo como ha de ser considerado: un medio necesario para ganarse la vida, y sea cual fuere la felicidad que puedan disfrutar, la obtienen en sus horas de ocio.

Podrá decirse que, en tanto que un poco de ocio es agradable, los hombres no sabrían qué hacer para llenar su tiempo si tuvieran solamente cuatro horas de trabajo de las veinticuatro. En tanto que ello pueda ser cierto en el mundo moderno, es una condenación de la civilización nuestra; podría haber sido falso en épocas pasadas. Había antes una capacidad para la alegría y los juegos que en cierta extensión ha sido ahogada por el culto a la eficiencia. El hombre moderno piensa que todo ha de hacerse con alguna finalidad determinada, y nunca porque sea ya una finalidad en sí. Las personas serias, por ejemplo, están condenando continuamente el hábito de ir al cine, y nos dicen que induce al crimen a los jóvenes. Pero todo el trabajo necesario para construir un cine es respetable, porque es trabajo y porque produce beneficios económicos. La noción de que las actividades deseables son aquellas que producen beneficio económico lo ha puesto todo patas arriba. El carnicero que os provee de carne y el panadero que os provee de pan son merecedores de elogio, porque están ganando dinero; pero cuando vosotros disfrutáis del alimento que os han suministrado, sois meramente frívolos, a menos que comáis tan sólo a fin de obtener energías para vuestro trabajo. Dicho sea en un sentido amplio, se sostiene que ganar dinero es bueno y gastarlo es malo. Teniendo en cuenta que son dos aspectos de una misma transacción, esto es absurdo;

del mismo modo podríamos sostener que las llaves son buenas, pero que los ojos de las cerraduras son malos. Cualquiera que sea el mérito que pueda haber en la producción de artículos, debe derivarse enteramente de la ventaja que se obtiene consumiéndolos. El individuo, en nuestra sociedad, trabaja para conseguir un provecho, pero el propósito social de su trabajo radica en el consumo de lo que él produce. Este divorcio entre los propósitos del individuo y los sociales es lo que hace difícil para los hombres pensar claramente en un mundo en el que la obtención de beneficios es el incentivo de la industria. Pensamos demasiado en la producción y demasiado poco en el consumo. Uno de los resultados es que concedemos muy poca importancia al goce y a la felicidad simple, y que no juzgamos la producción por el placer que da al consumidor.

Cuando sugiero que las horas de trabajo deberían ser reducidas a cuatro, no intento decir con ello que todo el tiempo sobrante habría de ser malgastado necesariamente en puras frivolidades. Quiero decir que cuatro horas de trabajo al día deberían dar derecho al hombre a los artículos de primera necesidad y a las comodidades elementales en la vida, y que el resto de su tiempo debería poder emplearlo como creyera conveniente. Una parte esencial de tal sistema social sería que la educación se llevara más adelante de

lo que generalmente lo es al presente y se propusiera, en parte, despertar aficiones que capacitaran al hombre para usar inteligentemente su ocio. No pienso especialmente en la clase de cosas que pudieran considerarse *pedantes*. Las danzas campesinas se han extinguido, excepto en remotas regiones rurales, pero los impulsos que determinaron que fueran cultivadas deben de existir todavía en la naturaleza humana. Los placeres de las poblaciones urbanas se han hecho más pasivos: ver películas, presenciar partidos de fútbol, escuchar la radio, y así sucesivamente. Ello resulta del hecho de que sus energías activas las consume completamente el trabajo; si tuvieran más tiempo libre, volverían a disfrutar placeres en los que hubieran de tomar parte activa.

Antiguamente existía una reducida clase ociosa y una numerosa clase trabajadora. La clase ociosa disfrutaba de ventajas sin base alguna de justicia social; esto la hacía opresiva necesariamente, limitaba sus simpatías y la obligaba a inventar teorías que justificasen sus privilegios. Estos hechos disminuían grandemente su excelsitud; pero, a pesar de estos inconvenientes, contribuía casi en la totalidad de lo que llamamos civilización. Cultivaba las artes, descubría las ciencias, escribía los libros, inventaba las filosofías y refinaba las relaciones sociales. Inclusive la liberación de los

oprimidos ha sido, generalmente, iniciada desde arriba. Sin la clase ociosa, la Humanidad nunca se hubiera elevado sobre la barbarie.

El sistema de una clase ociosa hereditaria sin obligaciones era, sin embargo, extraordinariamente ruinoso. Ninguno de los miembros de esta clase era laborioso, y la clase, en conjunto, no era excepcionalmente inteligente. Esta clase pudo producir un Darwin, pero contra él habrían de señalarse decenas de millares de hidalgos rurales que jamás pensaron en otra cosa más inteligente que la caza del zorro y el castigo de los cazadores furtivos.. Actualmente, se supone que las universidades proporcionan, de un modo más sistemático, lo que la clase ociosa proporcionaba accidentalmente como un subproducto. Esto supone un gran adelanto, pero tiene ciertos inconvenientes. La vida de universidad es tan diferente de la vida en el mundo, en definitiva, que las personas que viven en un ambiente académico tienden a desconocer las preocupaciones y los problemas de los hombres y mujeres del común: por añadidura, sus medios de expresión son generalmente tales, que privan a sus opiniones de la influencia que debieran tener sobre el público en general. Otra desventaja es que en las universidades están organizados los estudios, y el hombre al que se le ocurra

algún medio de investigación original se sentirá, probablemente, desanimado. Las instituciones académicas, por tanto, si bien son útiles, no son guardianes adecuados de los intereses de la civilización en un mundo donde todos los que quedan fuera de sus muros están demasiado ocupados para poder atender propósitos no utilitarios.

En un mundo donde nadie se vea obligado a trabajar más de cuatro horas al día, todo hombre que sienta inquietudes científicas podrá satisfacerlas, y todo pintor podrá pintar sin morir de hambre, no importa lo muy excelentes que puedan ser sus cuadros. Los escritores jóvenes no se verán obligados a llamar la atención sobre sí por medio de sensacionales chapucerías, hechas con miras a obtener la independencia económica que se necesita para las obras monumentales, y para las que, cuando por fin llega la oportunidad, han perdido la capacidad y el gusto. El hombre que en su trabajo profesional se interese por alguna fase de la economía o de la administración, será capaz de desarrollar sus ideas, sin el alejamiento académico que hace parecer carentes de realismo las obras de los economistas universitarios. Los médicos tendrán tiempo de aprender acerca de los progresos de la medicina; los maestros no lucharán desesperadamente para enseñar por métodos rutinarios las cosas que

aprendieron en su juventud, y que en el intervalo han podido resultar falsas.

Sobre todo, habrá felicidad y alegría de vivir, en lugar de nervios gastados, cansancio y dispepsia. El trabajo exigido será bastante para hacer delicioso el ocio, pero no suficiente para producir agotamiento. Puesto que los hombres no se hallarán cansados en su tiempo libre, no querrán solamente distracciones pasivas e insípidas. Al menos, un uno por ciento dedicará, probablemente, el tiempo que no le consuma su trabajo profesional a tareas de algún interés público y, puesto que no dependerá de tales tareas para ganarse la vida, su originalidad no se verá estorbada y no habrá necesidad de conformarse a las normas establecidas por los viejos doctores. Pero no solamente en estos casos excepcionales harán su aparición las ventajas del ocio. Los hombres y las mujeres ordinarios, al tener la oportunidad de una vida feliz, se harán más bondadosos y menos importunos, y menos inclinados a mirar a los demás con suspicacia. La afición a la guerra desaparecerá, parte por la razón que antecede y parte porque supone largo y duro trabajo para todos. El buen carácter es, de todas las cualidades morales, la que más necesita el mundo, y el buen carácter es la consecuencia de la paz y de la seguridad, no de una vida de ardua lucha. Los métodos de producción

modernos nos han dado la posibilidad de la paz, y la seguridad para todos; hemos elegido, en vez de esto, tener trabajo de sobra para algunos e inanición para otros. Hasta aquí hemos continuado siendo tan activos como lo éramos antes de que hubiese máquinas; con ello hemos sido unos necios, pero no hay razón para continuar siendo necios por siempre.

Adaptado de: Russell, Bertrand. *Elogio de la ociosidad y otros ensayos*. Madrid: Aguilar. 1953. 219 p. Traducción de Juan Novella Domingo.

*Bertrand Russell (1872-1970) nació en Trelleck (Gales, Gran Bretaña). Sus padres murieron cuando tenía tres años. Se educó en el Trinity College, donde fue un brillante estudiante de matemáticas y filosofía. Sus trabajos fueron pioneros de la filosofía analítica moderna. Recibió el Premio Nobel de Literatura en 1950 y hasta el final de sus días se destacó por sus actividades pacifistas, que alguna vez llegaron a ocasionarle la prisión. Algunas de las obras de su vasta bibliografía son: *Icaro o el futuro de la ciencia* (1924), *El ABC de la relatividad* (1925), *La conquista de la felicidad* (1930), *Religión y ciencia* (1935), *Historia de la filosofía occidental* (1945) y *El arte de filosofar* (1964).

Notas del autor:

ⁱ Asociación Cristiana de Jóvenes

ⁱⁱ Desde entonces los miembros del partido comunista han heredado este privilegio de los guerreros y sacerdotes.

El trabajo

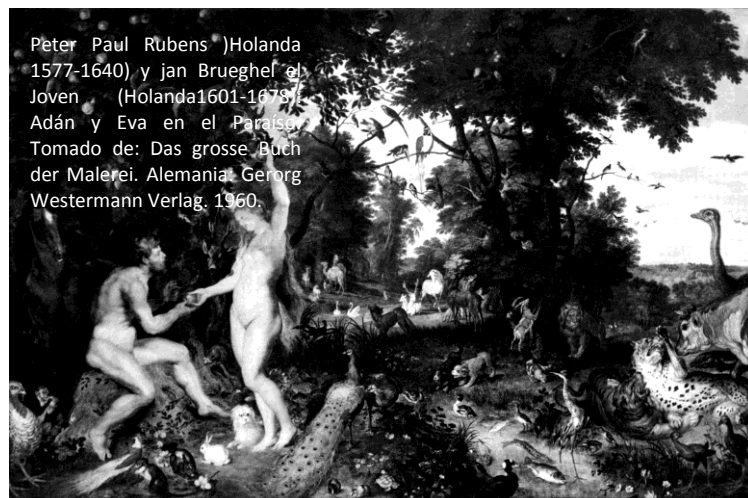
▼ Por
Luis Tejada*

Del “príncipe de los cronistas colombianos” nos llega este texto donde Tejada reflexiona, con el humor ácido y la capacidad de exageración que lo caracterizan, sobre la necesidad de ganarnos el pan de cada día

“El remedio es trabajar”

Carlos Vásquez (Telegrama sobre la crisis)

En todas las mitologías el trabajo es considerado como una maldición del cielo. El hombre, desde las edades remotas, ha simbolizado su ideal de vida en una quimérica palabra: Paraíso. Pero la primera condición que se requiere para que ese Paraíso sea verdaderamente Paraíso, es que no haya necesidad de trabajar en él. Nadie se figura que en el Paraíso se pueda cargar piedra en zurrónes, o llevar contabilidades, o manejar maquinarias. No. Los que están en el Paraíso han de ser, ante todo, unos seres ociosos que viven extendidos sobre la grama o sentados bajo los árboles, con las frutas al alcance de las manos y llenas de paz las almas. La humanidad ha concentrado en esa bella fábula todo su sueño de felicidad,



felicidad que puede ser la única perdurable y completa, puesto que está basada en la pereza, el instinto más firme, noble e indestructible en el hombre. Los tipos de la perfección suma que la imaginación concibe –los dioses– son personalidades eminentemente perezosas, o permanecen estáticas en sus tronos de nubes, o se divierten entregadas a juegos ociosos o a placeres sibaritas. Entonces la pereza es en cierto modo una virtud esencialmente divina; pero ¿qué son los dioses? Son, simplemente, hombres perfectos en un sentido ideal. Por eso, entre el tipo terrestre, el más puro, el más elevado, el que más se acerca a esa perfección, es el que tiene más arraigada y frecuente la virtud de la pereza. El vagabundo, el gitano, el mendigo voluntario, y algunos aristócratas de pura sangre, constituyen dentro del mundo actual los últimos conservadores de la gran dignidad humana y de la tradición del ocio como cualidad suprema, que nos dejó la civilización antigua.

Yo sé que trabajar es necesario, según el orden de cosas que se ha creado y que se hace

desgraciadamente cada vez más indestructible. Pero eso no quiere decir que trabajar no sea una mala costumbre, una de las peores costumbres que pueden adquirirse. Ante todo, trabajar no es bello ni digno, ni siquiera conveniente. Al mismo tiempo que hasta en una aceptación mística significa humillación y relajamiento del orgullo viril, el trabajo constituye el gran elemento degenerador de las razas. De las fábricas, de las oficinas, de las minas, salen las legiones de neurasténicos, de miopes, de tuberculosos, de mancos, de locos, de raquíuticos, de melancólicos, de histéricos, de tantas categorías de enfermos que llenan las ciudades modernas. Sin embargo, esta capacidad exterminadora no es realmente un argumento en contra del trabajo, como la muerte de los soldados no lo es en contra de la guerra. La diferencia esencial que hay entre el trabajo y la guerra, es que el trabajo es una actividad oscura y forzada, algo en lo que hay que encorvarse y sufrir para alcanzar al fin objetos innobles y mezquinos: alimentarse, vestirse, acaparar oro. La guerra, en cambio, puede hacerse o no hacerse y esa libertad de elegir deja a salvo la dignidad humana. Además, la guerra es más bella y más viril mientras tenga menor razón de ser y menos objetivos persiga, porque así evidencia simplemente un capricho, un arrebatado de la voluntad soberana del hombre.

Yo confío en que el porvenir que se anuncia traerá para los trabajadores una disminución gradual de trabajo y un aumento

proporcionado de paz y de divina ociosidad. Hasta ahora se ha trabajado mucho, en un afán insensato de acumular millones. Pero en una forma todavía vaga, está llegando a las gentes el convencimiento de que tener demasiados millones, es una circunstancia no sólo inútil sino evidentemente peligrosa. Hay que esperar que al fin llegará al mundo una saludable cordura. Todos nos convenceremos de que lo más espiritual, lo más hermoso y noble será luchar apenas lo necesario para llevar una existencia modesta y sobria. Entonces nos aficionaremos un poco al delicado placer de no hacer nada y nos convenceremos de que, en realidad, no se debe perder el tiempo trabajando tanto.

* Luis Tejada nació en Barbosa (Antioquia) en 1898 y murió en Girardot (Cundinamarca) en 1924, a consecuencia de un ataque cardíaco fulminante. A pesar de haber vivido únicamente 26 años, Tejada dejó una huella en el periodismo colombiano que ha demostrado ser imborrable, gracias a su humor, su capacidad de satirizar hasta los más “sagrados preceptos” de la sociedad de su época, y, especialmente, gracias a su enorme capacidad de observación, la cual le permitía escribir interesantes crónicas hasta de los objetos más cotidianos, como un par de pantalones o zapatos.

Los hombres

que están de más



Por
Antón Chéjov

A algunos las vacaciones no les sientan bien. El personaje principal de este relato, ubicado en la Rusia zarista, es uno de aquellos para quienes las vacaciones, especialmente en familia, son un verdadero infierno.

Son las siete de la tarde de un caluroso día de junio. De la estación de Hilkobo, muchas personas que llegaron en el tren se dirigen al campamento de verano. Casi todos los viajeros son padres de familia, y vienen cargados de bultos, mantas y cajas voluminosas. Todos se ven agotados, hambrientos y aburridos, y parece que no se dan cuenta del resplandor del sol y de la fragante hierba.

Entre ellos se encuentra Povel Matreievich Zaikin, integrante del tribunal del distrito, hombre esbelto y de



elevada estatura, quien porta un abrigo corriente y una gorra toda descolorida.

—¿Hace usted el viaje de regreso todos los días?—lo interroga un veraneante, que usa un pantalón rojo.

—No; mi mujer y mi hijo se quedan aquí, y yo sólo vengo un par de veces a la semana —le contesta Zaikin con desánimo—. Numerosas ocupaciones exigen mi presencia, por eso no puedo venir todos los días; además, el viaje resulta muy costoso.

—Ciertamente; es bastante costoso —dice el de los pantalones rojos, suspirando—. No puede uno venir de la ciudad a pie, se requiere un coche; el viaje cuesta cuarenta y dos céntimos; en el camino gasta uno en el periódico, en una copita... Todos son gastos

Mary Cassatt (EE.UU. 1844-1926): *Verano*. Tomado de: *Historia del Arte-Tomo VIII*. España: Salvat, 1970



pequeños, en apariencia insignificantes, pero al final del verano representan unos doscientos rublos. Podría decirse que la naturaleza es más valiosa; no lo pongo en duda, con todos esos paisajes que invitan al romance, pero con nuestro sueldo de empleados, a cada céntimo hay que darle su valor. Si uno se los gasta sin fijarse, luego no duerme en toda la noche. Señor mío, aunque no tengo el gusto de conocerlo, me atrevo a confiarle que recibo un sueldo de dos mil rublos al año. Se supone que mi puesto de consejero es importante pero, a pesar de eso, sólo me alcanza para fumar tabaco de segunda calidad, y no me sobra un rublo para comprarme una botella de agua de Vichy, que me ha recomendado el médico para prevenir los cálculos en la vejiga.



—Tiene usted razón; algo anda mal —dice lentamente Zaikin sumido en las reflexiones—. Yo también le voy a dar mi opinión. Pienso que el veraneo es un invento de las mujeres y el diablo. Éste último lo hizo por maldad y las mujeres por irreflexión. ¡Simplemente esto no es una vida! ¡Más bien es como vivir en una

prisión! Aquí hace mucho calor, uno se sofoca, apenas alcanza a respirar y, no obstante, viene uno todo zarandeado como alma en pena a un albergue lleno de incomodidades. De la ciudad se traen la mayoría de los muebles y la servidumbre... En este momento lo importante es el campo... Los alimentos son pésimos. No es posible tomar el té, porque todos andan ocupados y no hay quien encienda el samovar. En este lugar es un problema lavarse. Vengo aquí, supuestamente para acercarme a la naturaleza, y lo único que consigo es andar a pie bajo este calor... ¡Como para morir! Por cierto, ¿es usted casado?

—Sí... tengo tres hijos... —responde el del pantalón rojo.

—¡Conque esas tenemos!... Es espeluznante. Apenas puedo creer que estemos vivos.

En ese momento, los paseantes llegan a la aldea de veraneo. Zaikin se despidió de los pantalones rojos y llega a su casa. En ésta el silencio es abrumador. Sólo se oye el zumbido de las moscas y de los mosquitos. Las ventanas están cubiertas con visillos de tul; frente a todas ellas hay macetas con flores marchitas. En las paredes de madera, al lado de las pinturas, zumban las moscas. No hay un alma viviente en la antesala, ni en la cocina, ni en el comedor.

En la habitación que funciona al mismo tiempo como sala y recibidor, Zaikin

encuentra a su hijo Petia, un chiquillo de seis años.

Petia está concentrado en su trabajo. Recorta la sota de un naipe, la acerca a su boca y le sopla.

—¿Eres tú, papá? —le dice sin volver la cabeza—. ¡Buenos días!

—¡Buenos días!... ¿Dónde está tu madre?

—¿Mamá? Fue a un ensayo, iba con ella Olga Cirilovna. Ofrecerán una representación pasado mañana. Prometieron llevarme... ¿Tú también vas a ir?

—No lo sé... ¿No mencionó tu madre a qué hora regresaba?

—Dijo que volvería en la noche.

—Y Natalia, ¿dónde está?

—Acompañó a mamá para ayudarla a cambiar de vestuario en los entreactos, y Akulina se fue al bosque a recoger setas. Papá, ¿por qué cuando los mosquitos pican, tienen la panza toda hinchada?

—Debe ser porque... chupan sangre. ¿Así que no hay nadie más en casa?

—Nadie. Ya sabía que iban a dejarme solo.

Zaikin toma asiento mientras mira por la ventana con aire ausente. Ninguno dice nada y los minutos pasan.

—¿Quién nos servirá la comida? —pregunta el padre.

—Hoy no prepararon comida. Mamá dijo que tú no vendrías y ordenó que no se guisara. Ella comerá con Olga Cirilovna cuando termine el ensayo.

—Mmm.. Bien. Y tú, ¿qué comiste?

—Tomé leche. Me compraron seis céntimos de leche. Papá, ¿por qué a los mosquitos les gusta la sangre?

Zaikin siente como si algo le apretara el hígado. Le acomete tal amargura y agravio que le dan ganas de tirar algo al suelo, discutir, pelear. Pero entonces recuerda que el médico le prohibió toda agitación. Hace un esfuerzo por tranquilizarse, se pone de pie y comienza a silbar una tonada de Los hugonotes.

—Papa, ¿tú sabes...? —insiste Petia.

—¡Déjame en paz y vete con tus tonterías a otro lado! —lo interrumpe Zaikin furioso—. Me fastidias. Tienes seis años y eres tan bobo como cuando tenías tres. ¡Eres un niño tonto y maleducado! ¿Por qué arruinas los naipes? ¿Cómo te atreves a hacer eso?

—¡Estos naipes no son tuyos! Me los obsequió Natalia —contesta Petia sin levantar la vista.

—¡Mientes! ¡Mientes bribón! —exclama Zaikin—. Tú mientes siempre. ¡Debería darte una paliza o arrancarte las orejas, zopenco!

Petia sale corriendo, se detiene a la distancia y se queda mirando el rostro convulsionado de su padre.

Sus grandes ojos relucen, luego se llenan de lágrimas y hace un puchero.

—¿Por qué me regañas? —chilla con voz aguda—. ¿Por qué me molestas? ¡Estúpido! Yo no hago travesuras, obedezco siempre y encima me gritas. No debes regañarme.

El tono del niño es muy firme y llora con tanta tristeza que Zaikin se conmueve.

"Tiene razón —razona—; descargo mi furia en él."

—¡Basta, basta! Vamos, Petia —responde, mientras le pone la mano en el hombro—, yo tengo la culpa; discúl-pame. Eres un buen chico y te quiero mucho.

Petia se seca las lágrimas con la manga, vuelve a ocupar su sitio. Y con un suspiro, reanuda su tarea de recortar la sota. Zaikin se marcha a la sala, se recuesta en el sota y se pone a meditar con las manos debajo de la cabeza. Las lágrimas del niño sirvieron para que calmara sus nervios, y también su hígado dejó de dar molestias. Ahora lo que siente es hambre y cansancio.

—¡Papá! —grita Petia desde el otro cuarto—, ¿te muestro mi colección de insectos?

—Sí, tráela.

Petia entra y enseña a su padre una caja verde y alargada. Zaikin oye una especie de zumbido lejano y el rascar de las patitas por las paredes de la caja.

Al levantar la tapa ve una gran cantidad de mariposas, escarabajos, grillos y moscas clavados con alfileres. Todos, salvo dos o tres mariposas, están vivos, pero moribundos.

—El grillo aún está vivo —comenta Petia asombrado—; lo capturamos ayer y hasta ahora no se ha muerto.

—¿Quién te enseñó a clavarlos así? —pregunta Zaikin.

—Olga Cirilovna.

—¿Qué le parecería que la clavarán a ella misma así? —comenta Zaikin con repugnancia—. ¡Llévatelos! ¡Es inhumano hacer sufrir a los animales!

"¡Dios mío, qué mal criado está!", piensa Zaikin cuando Petia desaparece.

Povel Matreievich soslaya el cansancio y el hambre que siente y se concentra en imaginar el porvenir de su hijo. Mientras tanto, la luz del día se apaga lentamente; se escuchan las pláticas de los grupos de veraneantes conforme regresan de los baños. Alguien se planta frente a la ventana abierta del comedor y ofrece: "¿Desea usted setas?" Como nadie contesta, después de un rato se oye el rumor de unos pies descalzos que se alejan... Por fin, cuando la oscuridad casi ha caído por

completo y la ventana abierta deja pasar la frescura de la noche, se abre la puerta intempestivamente y se escuchan pasos apresurados, voces y risas...

—¡Mamá! —celebra Petia.

Zaikin mira desde la recámara a su mujer. Nodejda Steparovna está como siempre, rozagante, con la salud a flor de piel... Con ella llegan Olga Cirilovna —una rubia flaca, con el rostro lleno de pecas— y dos caballeros desconocidos: uno joven, larguirucho, con cabellos rojos rizados y nuez prominente; el otro, de baja estatura, robusto, muy bien afeitado.

—Natalia, ¡caliente el samovar! —grita Nodejda Steparovna—. Parece que vino Povel Matreievich. Povel, ¿dónde estás? ¡Buenas noches, Povel! —grita de nuevo. Entra corriendo a la habitación—. ¿Has venido? ¡Me alegro mucho! Dos de nuestros artistas aficionados accedieron a acompañarme... Ven, te los voy a presentar. El más alto es Koromislov; tiene una voz magnífica; el otro, el más bajo, se apellida Smerkoloov y es todo un artista; su forma de declamar es maravillosa. Por cierto, estoy muy cansada. En el ensayo todo salió perfecto... Representaremos El huésped con el trombón y Ella le espera... El espectáculo será pasado mañana.

—¿Por qué los trajiste? —pregunta Zaikin.

—¡No podía hacer otra cosa, lorito! Después del té tendremos que practicar los papeles y cantar varias cosas. Tengo que interpretar un dúo con Koromislov... ¡No debo olvidar una sola nota! Ordena a Natalia que traiga aguar—diente, sardinas, queso y lo que encuentre. Seguramente se quedarán a cenar... ¡Qué cansada estoy!

—¡Caramba!... Sucede que no tengo dinero.

—¡Imposible, lorito! ¡Qué vergüenza! ¡No me hagas ruborizar!

Más tarde, Natalia sale a comprar aguardiente y entre—meses. Zaikin, después de tomar el té y devorar un pan entero, se va al dormitorio y se acuesta. Nodejda Steparovna, entre risas y bromas, comienza a ensayar sus papeles. Povel Matreievich escucha un largo rato la lectura gangosa de Koromislov y las declamaciones patéticas de Smerkoloov. Después de la lectura se oyen los murmullos de una conversación larga, interrumpida a menudo por la risa chillona de Olga Cirilovna. Smerkoloov, orgulloso de su fama de actor, comenta detalladamente los papeles. Luego se oye el dúo, y más tarde, el ruido de vajilla... Ya medio dormido, Zaikin oye que intentan convencer a Smerkoloov para que declame La pecadora. El actor, tras muchos ruegos, acepta y declama golpeándose en el pecho, sollozando y estallando en carcajadas inopinadamente... Zaikin se vuelve y esconde la cabeza bajo las sábanas para no oír.

—Su casa queda bastante lejos de aquí —señala Nodejda Steparovna—. ¿Por qué no se quedan aquí? Koromislov puede dormir en el sofá y usted, Smerkolov, en la cama de Petia... A Petia lo pondríamos con mi marido... ¿Qué les parece? ¡Quédense, por favor!

Por fin, cuando el reloj anuncia las dos de la mañana, todo queda en silencio... La puerta del dormitorio se abre y aparece Nodejda Steparovna.

—¡Povel! ¿Duermes? —pregunta en un susurro.

—No. ¿Qué se te ofrece?

—Querido, pásate al sofá, en tu cama se acostará Olga Cirilovna. La hubiera puesto a ella en la antesala; pero le da miedo dormir sola. ¡Anda, levántate!

Zaikin se levanta pesadamente, se pone una bata, toma su almohada y se dirige a la antesala... A tientas llega hasta el sofá, enciende un fósforo y ve que en el diván está Petia. El niño tampoco duerme, y se queda mirando el fósforo con sus grandes ojos.

—Papá, ¿por que los mosquitos no duermen de noche?

—Pues..., porque... —murmura Zaikin— porque tú y yo, los dos, estamos aquí de más...; ni

siquiera tenemos dónde dormir.

—Papá, ¿y por qué Olga Cirilovna tiene pecas en la cara?

—¡Trata de dormirte, por favor. Se te ocurre cada pregunta!

Zaikin se queda un rato pensativo... A continuación se viste y sale a caminar para tomar el fresco... Contempla el cielo gris de la madrugada y las nubes inmóviles, oye el grito

apagado del rascón, y comienza a imaginar cuánto disfrutará su regreso a la ciudad y, al terminar sus tareas en el tribunal, las siestas que gozará en su casa solitaria...

De pronto, al dar vuelta en una esquina, aparece una figura humana.

"Debe ser un guardián", piensa Zaikin. Sin embargo, al mirar con atención, reconoce al veraneante del pantalón rojo.

—Pero qué sorpresa, ¿acaso no puede dormir? —le pregunta.

—No puedo —suspira el otro—. Tengo que disfrutar de la naturaleza... Tenemos algunos huéspedes; en el tren de la noche arribó mi suegra..., y traje con ella a mis sobrinas.... que son unas jóvenes muy agraciadas. Debo de estar muy satisfecho.... muy contento.... aunque... hay mucha humedad...



¿Y usted también disfruta de la naturaleza?

–Sí... –se atraganta Zaikin–. Yo también disfruto de la naturaleza... ¿No conoce usted, aquí, en el vecindario, algún restaurante o una taberna?

El de los pantalones rojos dirige su mirada al cielo y parece sumido en profundas reflexiones.

* Al escritor ruso Anton Chéjov (1860-1904) se le atribuye con justicia el ser uno de los fundadores del cuento moderno. Una de las características más obvias de sus cuentos es la brevedad, no sólo de las frases sino del texto mismo. Su obra está marcada por la ironía y, a menudo, por una profunda tristeza. Como hecho anecdótico, está el que Chéjov escribió al principio para ganar algunas monedas con las cuales sobrevivir mientras estudiaba medicina, pues era de origen humilde, pero al alcanzar una fama inesperada pudo dejar la práctica médica y dedicarse por completo a la literatura.

Tomado de: Chéjov, Anton. Cuentos. México: Lectorum, 1999, 139 p



Presentamos a nuestros lectores tres textos compuestos por las reflexiones del señor Palomar, memorable caballero creado por la pluma del maestro italiano, mientras tan meditabundo personaje se encuentra de vacaciones.

Fieles adorando una piedra santa budista. Tomado de: La isla del sol naciente.
España: Sarpe. 1985.



El arriate de arena

Un pequeño patio cubierto de una arena blanca de grano grueso, casi de guijarros, rastrillada en surcos rectos paralelos o en círculos concéntricos, en torno a cinco grupos irregulares de guijos o peñas bajas. Éste es uno de los monumentos más famosos de la civilización japonesa, el jardín de rocas y arena del templo Ryoanji de Kyoto, imagen típica de la contemplación del absoluto que se puede alcanzar con los medios más simples y sin recurrir a conceptos expresables con palabras, según la enseñanza de los monjes Zen, la secta más espiritual del budismo.

El recinto rectangular de arena incolora está flanqueado en tres de sus lados por muros coronados de tejas, más allá de las cuales verdean los árboles. En el cuarto lado hay un estrado de madera en gradas donde el público puede pasar, detenerse, sentarse. “Si absorbemos nuestra mirada interior en la visión de este jardín —explica el volante que se ofrece a los

Las vacaciones del

▼ Por
Italo Clavino

Señor Palomar

visitantes, en japonés y en inglés, firmado por el abad del templo— nos sentiremos despojados de la relatividad de nuestro yo individual, y la intuición del Yo absoluto nos llenará de serena maravilla, purificando nuestras mentes ofuscadas.”

El señor Palomar está dispuesto a seguir estos conceptos con confianza y se sienta en los peldaños, observa las rocas una por una, sigue las ondulaciones de la arena blanca, deja que la armonía indefinible que liga los elementos del cuadro lo invada poco a poco.

Lo que trata de imaginar todas estas cosas como las sentiría alguien que pudiera concentrarse y mirar el jardín Zen en soledad y en silencio. Porque —habíamos olvidado decirlo— el señor Palomar está en la tarima, apretado, en medio de centenares de visitantes que lo empujan por todas partes, objetivos de cámaras fotográficas y de cine que se abren paso entre los codos, las rodillas, las orejas de la multitud, que encuadran las rocas y la arena desde todos los ángulos, iluminadas con luz natural o con flash. Hordas de pies en calcetines de lana le pasan por encima (los zapatos, como siempre en el Japón, se dejan a la entrada), progenitores pedagógicos empujan a primera fila a proles numerosas, tropes de estudiantes en

uniforme se apretujan, ansiosos por despachar cuanto antes la visita escolar al monumento famoso; visitantes diligentes, alzando y bajando rítmicamente la cabeza, verifican si todo lo que está escrito en la guía corresponde a la realidad y si todo lo que se ve en la realidad está escrito en la guía. “Podemos considerar el jardín de arena como un archipiélago de islas rocosas en la inmensidad del océano, o bien como cimas de altas montañas que emergen de un mar de nubes. Podemos verlo como un cuadro enmarcado por las paredes del templo, o bien olvidar el marco y convencernos de que el mar de arena se extiende sin límites y cubre todo el mundo.”

Estas “instrucciones de uso” están contenidas en el volante, y al señor Palomar le parecen perfectamente plausibles y aplicables de inmediato, sin esfuerzo, con tal de estar verdaderamente seguro de tener una individualidad de que despojarse, de mirar el mundo desde el interior de un yo capaz de disolverse y convertirse únicamente en mirada. Pero justamente este punto de partida es el que requiere un esfuerzo de imaginación suplementario, difícilísimo de realizar cuando el propio yo está aglutinado en una multitud compacta que

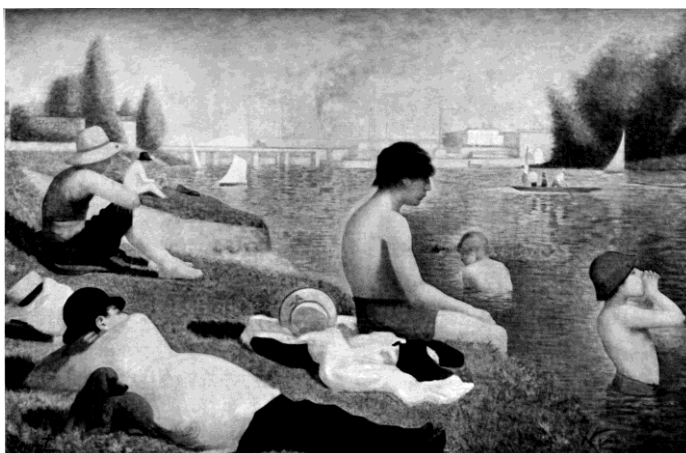
mira a través de sus mil ojos y recorre con sus mil pies el itinerario obligado de la visita turística.

¿No queda sino concluir que las técnicas mentales Zen para alcanzar el extremo de la humildad, el desasimiento de toda posesividad y orgullo, tienen como fondo necesario el privilegio aristocrático, presuponen el individualismo con

mucho espacio y mucho tiempo alrededor, los horizontes de una sociedad sin ansiedad?

Pero esta conclusión que lleva a la habitual añoranza de un paraíso perdido por la invasión de la civilización de masas, suena demasiado fácil al señor Palomar. Prefiere meterse en un camino más difícil, tratar de aferrar lo que el jardín Zen le ofrece a la mirada en la única situación en que se lo puede mirar hoy, asomando el propio pescuezo entre los otros pescuezos.

¿Qué ve? Ve a la especie humana en la era de los grandes números extendida en una multitud nivelada pero hecha siempre de individualidades distintas como ese mar de granitos de arena que sumerge la superficie del mundo... Ve que sin embargo el mundo sigue mostrando el



Geroges Seurat (Francia 1859 – 1891): *El baño*. Tomado de: *Das grosse Buch der Kunst*. Alemania: George Westermann Verlag. 1958

dorso de pedernal de su naturaleza indiferente al destino de la humanidad, su dura sustancia irreductible a la asimilación humana... Ve cómo las formas en que la arena humana se agrega tienden a disponerse según líneas de movimiento, dibujos que combinan regularidad y fluidez como las huellas rectilíneas o circulares de un rastrillo... Y entre una humanidad-arena y un mundo-roca se intuye una armonía posible como entre dos armonías no homogéneas: la de lo no humano en un equilibrio de formas que parece no responder a ningún diseño; la de la estructura humana que aspira a una racionalidad de composición geométrica o musical nunca definitiva...



Edouard Manet (Francia 1832 – 1883): Olympia. Tomado de: Historia del Arte-Tomo VIII. España. Salyat, 1970.

El pecho desnudo

El señor Palomar camina por una playa solitaria. Encuentra unos pocos bañistas. Una joven tendida en la arena toma el sol con el pecho descubierto. Palomar, hombre discreto, vuelve la mirada hacia el horizonte marino. Sabe que en circunstancias análogas, al acercarse un desconocido, las mujeres se apresuran a cubrirse, y eso no le parece bien: porque es molesto para la bañista que tomaba el sol tranquila; porque el hombre que pasa se siente inoportuno; porque el tabú de la desnudez queda implícitamente confirmado; porque las convenciones respetadas a medias propagan inseguridad e incoherencia en el comportamiento, en vez de libertad y franqueza.

Por eso, apenas ve perfilarse desde lejos la nube rosa-bronceado de un torso desnudo de mujer, se apresura a orientar

la cabeza de modo que la trayectoria de la mirada quede suspendida en el vacío y garantice su cortés respeto por la frontera invisible que circunda a las personas.

Pero –piensa mientras sigue andando y, apenas el horizonte se despeja, recuperando el libre movimiento del globo ocular– yo, al proceder así, manifiesto una negativa a ver, es decir, termino también por reforzar la convención que considera ilícita la vista de los senos, o sea, instituyo una especie de corpiño mental suspendido entre mis ojos y ese pecho que, por el vislumbre que de él me ha llegado desde los límites de mi campo visual, me parece fresco y agradable de ver. En una palabra, mi no mirar presupone que estoy pensando en esa desnudez que me preocupa, ésta sigue siendo en el fondo una actitud indiscreta y retrógrada.

De regreso, Palomar vuelve a pasar delante de la bañista, y esta vez mantiene la mirada fija adelante, para rozar con ecuánime uniformidad la espuma de las olas que se retraen, los cascos de las barcas varadas, la toalla extendida en la arena, la henchida luna de piel más clara con el halo moreno del pezón, el perfil de la costa en la calina, gris contra el cielo.

Sí –reflexiona, satisfecho de sí mismo, prosiguiendo el camino–, he conseguido que los senos quedaran absorbidos completamente por el paisaje, y que mi mirada no pesara más que la mirada de una gaviota o de una merluza.

¿Pero será justo proceder así? –sigue reflexionando–. ¿No es aplastar la persona humana al nivel de las cosas, considerarla un objeto, y lo que es peor, considerar objeto aquello que en la persona es específico del sexo femenino? ¿No estoy, quizá, perpetuando la vieja costumbre de la supremacía masculina, encallecida con los años en insolencia rutinaria?

Gira y vuelve sobre sus pasos. Ahora, al deslizar su mirada por la playa con objetividad imparcial, hace de modo que, apenas el pecho de la mujer entra en su campo visual, se note una discontinuidad, una desviación, casi un brinco. La mirada avanza hasta rozar la piel tensa, se retrae, como apreciando con un leve sobresalto la diversa consistencia de la visión y el valor especial que adquiere, y por un momento se mantiene en mitad del aire, describiendo una curva que acompaña el relieve de los senos desde cierta distancia, elusiva, pero también protectora, para reanudar después su curso como si no hubiera pasado nada.

Creo que así mi posición resulta bastante clara –piensa Palomar–, sin malentendidos posibles. ¿Pero este sobrevolar de la mirada no podría al fin de cuentas entenderse como una actitud de superioridad, una depreciación de lo que los senos son y significan, un ponerlos en cierto modo aparte, al margen o entre paréntesis? Resulta que ahora vuelvo a relegar los senos a la penumbra donde los han mantenido siglos de pudibundez sexomaníaca y de concupiscencia como pecado...

Tal interpretación va contra las mejores intenciones de Palomar que, pese a pertenecer a una generación madura para la cual la desnudez del pecho femenino iba asociada a la idea de intimidad amorosa, acoge sin embargo favorablemente este cambio de las costumbres, sea por lo que ello significa como reflejo de una mentalidad más abierta de la sociedad, sea porque esa visión en particular le resulta agradable. Este estímulo desinteresado es lo que desearía llegar a expresar con su mirada.

Da media vuelta. Con paso resuelto avanza una vez más hacia la mujer tendida al sol. Ahora su mirada, rozando volublemente el paisaje, se detendrá en los senos con un cuidado especial, pero se apresurará a integrarlos en un impulso

de benevolencia y de gratitud por todo, por el sol y el cielo, por los pinos encorvados y la duna y la arena y los escollos y las nubes y las algas, por el cosmos que gira en torno a esas cúspides nimbadas.

Esto tendría que bastar para tranquilizar definitivamente a la bañista solitaria y para despejar el terreno de inferencias desviantes. Pero apenas vuelve a acercarse, ella se incorpora de golpe, se cubre, resopla, se aleja encogiéndose de hombros con fastidio como si huyese de la insistencia molesta de un sátiro.

El peso muerto de una tradición de prejuicios impide apreciar en su justo mérito las intenciones más esclarecidas, concluye amargamente Palomar.

La pantufla desaparejada

De viaje por un país de Oriente, el señor Palomar ha comprado en un bazar un par de pantuflas. De regreso en su casa, trata de calzárselas: se da cuenta de que una pantufla es más ancha que la otra y se le cae del pie. Recuerda al viejo vendedor sentado sobre los talones en una covacha del bazar delante de un montón desordenado de pantuflas de todas las

medidas; lo ve revolver en el montón en busca de una pantufla adecuada a su pie y que le hace probar, después revolver de nuevo y entregarle la presunta compañera, que él acepta sin probársela.

“Tal vez ahora –piensa el señor Palomar– otro hombre camina por aquel país con dos pantuflas desaparejadas”. Y ve una enjuta sombra que recorre el desierto cojeando, con un zapato que se le desliza del pie a cada paso, o si no demasiado estrecho, aprisionándole el pie encogido. “Tal vez también él en este momento piensa en mí, espera encontrarme para hacer el cambio. La relación que nos liga es más concreta y clara que gran parte de las relaciones que se establecen entre seres



humanos. Y sin embargo no nos encontraremos jamás”. Decide seguir usando esas pantuflas desparejadas por solidaridad con su desconocido compañero de desventura, para mantener viva esa complementaridad tan rara, ese espejo de pasos cojeantes de un continente a otro.

Se solaza representándose esa imagen, pero sabe que no corresponde a la verdad. Un alud de pantuflas fabricadas en serie viene periódicamente a reabastecer el montón del viejo comerciante de aquel bazar. En el fondo del montón quedarán siempre dos pantuflas desparejadas, pero mientras el viejo comerciante no agote su reserva (y tal vez no la agotará nunca, y muerto él la tienda con toda la mercadería pasará a sus herederos y a los herederos de los herederos), bastará buscar en el montón y se encontrará siempre una pantufla que forme el par con otra pantufla. Sólo con un comprador distraído como él puede haber un error, pero pueden pasar siglos antes de que las consecuencias de este error repercutan en otro frecuentador del antiguo bazar. Todo proceso de disgregación del orden del mundo es irreversible, pero los efectos quedan ocultos y retardados en el polvillo de los grandes números que contiene posibilidades prácticamente ilimitadas de

nuevas simetrías, combinaciones, apareamientos.

Pero ¿y si su error no hubiese servido sino para borrar un error precedente? ¿Si su distracción hubiera sido portadora no de desorden sino de orden? “Tal vez el comerciante sabía lo que hacía –piensa el señor Palomar–; al darme aquella pantufla desparejada corregía una disparidad que desde hace siglos se escondía en aquel montón de pantuflas, transmitida durante generaciones en aquel bazar”.

El compañero desconocido tal vez cojeaba en otra época, la simetría de sus pasos se corresponde no sólo de un continente a otro, sino a siglos de distancia. No por eso el señor Palomar se siente menos solidario de él. Continúa chancleteando fatigosamente para dar alivio a su sombra.

* Sin duda uno de los más importantes escritores en lengua italiana de todos los tiempos, Italo Calvino nació en Santiago de las Vegas (Cuba) en 1923 y murió en Siena (Italia) en 1985. Aunque sus primeras obras son de índole neorrealista, a mediados de su vida dio un giro hacia la literatura fantástica, género dentro del cual escribió sus más grandes obras. En sus novelas y cuentos lo fantástico y lo real juegan en el mismo patio, y de esta interacción surgen profundas reflexiones sobre la condición humana. Entre los títulos de su extensa bibliografía vale la pena destacar la Trilogía de los antepasados –*El vizconde demediado* (1952), *El barón rampante* (1957) y *El caballero inexistente* (1959)]–, *Las cosmicómicas* (1965), *Las ciudades invisibles* (1972), *El castillo de los destinos cruzados* (1973), *Marcovaldo* (1973), *Palomar* (1983) y *Los amores difíciles* (1984).

Tomado de: Calvino, Italo. *Palomar*. España:
Alianza Editorial. 1985. 127 p. Traducción de
Aurora Bernárdez.

Las trilogías están de moda

Por
Andrés Ríos Llano*

Con ocasión de la época de los “grandes estrenos”, presentamos a nuestros lectores un artículo sobre el equivalente cinematográfico de los trillizos, partos de celuloide cada vez más frecuentes, a veces obras maestras y otras siempre negocio.



Sí, las trilogías están de moda. Tal vez la que más ha sonado últimamente sea la trilogía de El señor de los anillos, cuya primera parte La comunidad del anillo se estrenó el año pasado, mientras que la segunda parte, Las dos torres, está lista para “batir records en taquilla” tras su estreno este mes... El único detalle es que El señor de los anillos no es realmente una trilogía, porque tanto la obra literaria como el filme conforman un tríptico.

Tríptico es una obra artística fraccionada en tres partes para facilitar su lectura,

uso, transporte y comercialización. En la Grecia clásica se denominaba con este concepto, según el DRAE, a una “tabla para escribir dividida en tres hojas, de las cuales los laterales se doblan sobre la del centro”. Tolkien recalcó varias veces en sus cartas que El señor de los anillos no era una trilogía. Fue el editor quien le “recomendó” segmentar la macronovela para que fuese más accesible al público juvenil y garantizar la recuperación de la inversión inicial. Una verdadera trilogía consiste en tres obras independientes entre sí, pero que giran alrededor de un mismo tema y tratan de explicar ampliamente una o varias ideas.



Muchos directores excepcionales han realizado grandes trilogías.

El polaco Krzysztof Kiésłowski con su “Trilogía de colores”:

Azul;

Blanco y

Rojo, abordó los ideales franceses de libertad, igualdad y fraternidad, basándose en los tres colores de la bandera francesa. Pier Paolo Pasolini, por su parte, realizó su “Trilogía de la vida”, y Abbas Kiarostami su “Trilogía del distrito de Koren”. Otros directores que han hecho grandes trilogías son Oliver Stone, sobre la Guerra de Vietnam; Andrzej Wajda, sobre la II Guerra Mundial; Theo Angelopoulos, sobre la historia contemporánea de Grecia; Aki Kaurismäki, sobre el proletariado; y Satyajit Ray, sobre la inmigración rural.

Pero, ¿por qué les resultan tan atractivas las trilogías a los directores postmodernos y contemporáneos? Quizás porque además de permitir mostrar varios puntos de vista,

inclusive antagónicos, poseen los mismos dos elementos excluyentes y recíprocos de siempre –arte e industria– con un efecto adicional: es posible multiplicar cada componente; una posibilidad atractiva no sólo para el director y productor, sino hasta para el mismo público.

Respecto de la posibilidad de lo antagónico, resulta más artístico y posee más carga conceptual abordar un tema desde varios puntos de vista, a veces inclusive con conclusiones distintas. Es el caso de la “Trilogía de colores” y los valores de la Revolución Francesa, que son mostrados desde tres historias donde los personajes los enfrentan o los aceptan. Desde el punto de vista artístico, esto permitió a Kiésłowski utilizar en la fotografía un color predominante para cada película, lo cual constituye uno de los elementos particulares de tal trilogía.

Respecto del efecto multiplicador, en la medida en que un espectador “se encariñe” con la primera parte de la trilogía querrá ver las dos siguientes; o bien si “le gustó” la tercera, querrá ver las anteriores. Por eso algunos directores utilizan el termino “trilogía” simplemente para ganar más fondos en taquilla.

Otro atractivo, especialmente para el caso de nuestros directores tercermundistas, es simplemente el abaratamiento de los

costos de producción generales, y que además con cada filme estrenado pueden recaudarse fondos para el próximo. Por ejemplo, las tres “Trilogías de Cali” de Luis Ospina: la de los Santos oficios (Al pie, Al pelo, A la carrera), la de personajes caleños trágicos (En busca de María, Andrés Caicedo: unos pocos buenos amigos, Antonio Maria Valencia: música en la cámara), y la del Cali marginal (Oiga, vea, Agarrando pueblo, Ojo y vista: peligra la vida del artista), que fueron realizadas en 30 años no continuos, una buena parte de ellas en video. Las tres trilogías ratifican a Ospina como un artista preocupado por su entorno, la ciudad y su gente, pero que no se casa con un visión unidimensional de su objeto.

La opción de realizar una trilogía ha cobrado más fuerza a partir de los años ochenta. Posiblemente el auge continúe, si se tiene en cuenta que el cine para masas es el que más partido le ha sacado a esta estrategia, y que algunos directores, que buscan hacer cine de autor con obvias dificultades de recursos, utilizan este tema artístico como gancho comercial. Por cierto que el próximo año se espera el estreno de Sumas y restas de Víctor Manuel Gaviria, la última parte de su “Trilogía de Medellín”, que se inició inocentemente, pero con gran estilo, en

Rodrigo D. No futuro, y continuó con La vendedora de rosas.

* Estudiante de Economía, miembro de Espiral Grupo de Cine, k2508655@hotmail.com

Flor de ocio

*Juan Manuel Roca**

Tú bien sabes que a mí me gusta holgar
Entre las sábanas a las que hay prendido un
sueño
O en los establos de paja en la campiña
sonora.
He pasado la mitad de la vida
Dormido o a punto de hacerlo,
O asomado a la ventana
Por donde pasa una dama gorda que va por el
paisaje,
Aplaudiendo con sus nalgas
Mi manera diestra de estar haciendo nada.
Lavar el sueño de mis ojos no es mi oficio.
Yo los veo. Afanados. Llenando las horas de
palabras
Que entrecruzan para ver cómo brota el fruto
del negocio,
Y negocio, negar el ocio,
Es la mágica palabra que convocan.
Ahora me da en pensar en esa antigua
bailarina
Que tiene hoy miembros de palo,
Sentada, apaleando el ritmo del recuerdo
Junto a una vitrola,
O en el hombrecito jubilado
Que cambiaba el rumbo de los trenes
Y ahora mira fijamente el cruce de los
vientos:
La flor del ocio les ha brotado tarde.
Los ojos del ocio miran el reverso de las cosas
Y miran a la muerte que es la que más trabaja
a toda hora.
Hoy el ocio como un fantasma crecido a mis
espaldas
Me ha dictado claramente este poema.

* Juan Manuel Roca nació en Medellín en 1946. Poeta, ensayista y cuentista, fue también director y coordinador del Magazín Dominical del periódico El Espectador. Entre otros reconocimientos ha obtenido el Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus, el Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia, el Premio Nacional de Cuento Universidad de Antioquia y el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar. Ha publicado, entre otros títulos, *Memoria del agua* (1973), *Señal de cuervos* (1979), *Pavana con el diablo* (1990), *La farmacia del ángel* (1995), *Tertulia de ausentes* (1998), *Lugar de apariciones* (2000) y *Las plagas secretas* (2001).

Tomado de: Roca, Juan Manuel. *Los cinco entierros de Pessoa*. España: Ediciones Igitur. 2001. 162 p.